



LA ESPADA DE DAMOCLES (Javier Alonso Aldama)

Ahora que otra vez se ha puesto de moda el cine de griegos y romanos, podemos olvidarnos por unas páginas del arte de la fotografía de montañas y montañeros para pasarnos al séptimo arte, a las películas de género, en concreto al género llamado del péplum, o sea, las películas de soldados de piernas peludas, con coraza y espada corta, las películas de dioses díscolos y caprichosos, de portentosas aventuras de argonautas, de senadores corruptos y césares gloriosos o, siendo más republicanos, césares decadentes y senadores idealistas. Bien es verdad que en la entretenida película *Troya* (2004), Brad Pitt no lucía pelos en las piernas, pero el argumento nos servirá como ambientación de un nuevo personaje, que podríamos encasillar como *olvidado* si tenemos en cuenta que no hay mucho rastro escrito de su vida, e incluso como *maldito*, porque no es habitual en una sociedad como la de hoy, en la que se mide el valor de unos conocimientos por sus réditos financieros o en la que se huye de todo lo que suene a cultura seria, que alguien dedique una vida con pasión a los clásicos griegos y a la literatura actual.

Que el personaje que interpreta Brad Pitt tenga o no pelos en las piernas es más bien secundario; ahora, lo que un

experto en Homero capta enseguida es que la violencia salvaje que demuestra Aquiles en la película se parece más bien a la de un psicópata actual que a la que se aprecia en la *Iliada*. En la obra original, Aquiles navega entre la pulsión de pasar a la posteridad como el valiente guerrero que es y su rechazo de la guerra y una muerte probable. Algo parecido a lo que un alpinista ambicioso como Javo debió de experimentar al comienzo de su carrera, cuando los mundos verticales eran lo que organizaba su vida: la emoción de superarse a sí mismo, a las montañas, a la propia historia del alpinismo, el espíritu de lucha que los antiguos bautizaron como *agōn*, y, por otro lado, el temor a la muerte, a las caídas, a las lesiones, a la brutalidad de la naturaleza. Javo tenía esa rebeldía juvenil que le hacía batirse en lucha contra los elementos, por eso su alias –Javo– acaba cobrando sentido como nombre de guerra, bien entendida la guerra como combate incruento contra uno mismo.

A Javo, o mejor dicho, a Javier Alonso Aldama (Amurrio, 1957), le llaman ya muy pocos Javo, su nombre de guerra de juventud. Ahora le llaman Javier o Xabier; sólo cuando sus alumnos se licencian y tienen la fortuna de considerarlo amigo le llaman Javi, pero Javo, lo que es Javo... pocos recuerdan ya aquel alias. El proceso que llevó al alpinista a sentarse definitivamente ante textos de Homero, Aristóteles, Virgilio o Kavafis pasó primero por una pasión compartida por ambos mundos y, después de un punto de inflexión con toques de tragedia griega, desembocó en la Facultad de Filología, Geografía e Historia de la UPV. Aunque eso lo contaremos más adelante para mantener la tensión.

Ese misterioso punto de inflexión le llevó muy joven a abandonar el alpinismo extremo para siempre, veinticuatro años escasos, y tal vez por eso no haya demasiadas pistas escritas sobre la trayectoria de Javo. Ese cruce de caminos marcó además el comienzo de un estudio concienzudo de la cultura clásica, hasta que Javier Aldama acabó ganando una plaza de profesor en la universidad.

Lo mejor para retratar ese espíritu agónico de Javo –en el sentido de *agōnia*, lucha o combate– es recurrir a los compañeros que compartieron con él sus aventuras, algo por otro lado muy griego, pues son tus pares los que juzgan tus virtu-

des y te ponen en tu sitio. «Uno de los más ambiciosos y geniales escaladores de su generación, una persona muy metódica, capaz de entrar a fondo en cualquier asunto al que se dedique», nos ha advertido Kike de Pablo en una conversación anterior. Otrosí, Sebastián Álvaro, que compartió con él la primera expedición de ambos al Karakórum, confirma con rotundidad que a Javo le define la persistencia: «Es un tío monolítico, rocoso, tanto en su vida como en sus propias convicciones, y Javo, al igual que muchos otros de nosotros, no conoce el sentido de la moderación. Lo del oráculo de Delfos –conócete a ti mismo y nada en exceso– no encaja con él, así que Javo lo que ha hecho en su vida lo ha realizado siempre en exceso, primero escalar, después el mundo de la enseñanza, el griego... una persona fascinante, peculiar».

Por último, Juanjo San Sebastián, en su libro *Cita con la cumbre*, hace una descripción no sólo del carácter del personaje, sino de la imagen que de él se tenía por aquel entonces: «Javo era una leyenda: alto, fuerte, valiente y tenaz –las chicas, además, decían que muy guapo–, era uno de los escaladores españoles más ambiciosos de aquella época.» Juanjo completa el retrato con un comentario significativo: «Tenía ese punto de locura necesario en cualquier alpinista extremo».

Echando una mirada atrás, recordando a los compañeros que con catorce años compartían pupitre con él, Javo reconoce que la generación de su Bilbao mítico de la juventud tenía una pedrada en la cabeza. Había, es verdad, los que sólo esperaban que la vida fuese una continua partida de mus, gentes que aún hoy mantienen una existencia más o menos gris amparada en los dibujos de Fournier o en la acumulación de dinero, compañeros cuyas trayectorias podrían seguirse visitando hoy día los mismos bares de antaño. Pero había otros muchos en clase –los de la pedrada–, hijos todos de una generación acelerada. Una gran parte de ellos acabaron en alguno de estos tres extremos: la heroína, ETA o el alpinismo extremo.

Javo fue uno de estos últimos, afortunadamente. Desde el día en que se calzó unas botas de cuero grueso hasta que puso el punto final en el K2 (supuesto punto final, ya que nuestro hombre anda de nuevo preguntando por la dificultad y accesibilidad del Aconcagua), ha vivido mucho, ha disfrutado, sobre

todo de la montaña y de la cultura griega, de las películas antiguas, las del cine clásico, las de la Filmoteca Nacional, que visitaba sin descanso cuando salía de permiso de su servicio militar en Madrid, muy cerca de Carabanchel.

Cuando llegó a Madrid en el 75, había subido ya la cara oeste del Naranjo formando la primera cordada con una integrante femenina, Dulce María Quesada. Antes, había escalado también al Pilar de Embarradere en el Midi d'Ossau junto con Paco Chavarri, que fue el que le comunicó que aquello era probablemente una primera nacional. Paco y él llegaron al refugio de Pombie después de un día y medio de ascensión, vivac incluido, y el guarda Hervé Butel les quitó de las manos el libro de firmas del refugio y sacó el libro de oro para que quedase constancia de la sexta repetición de aquella difícil vía. Javo era todavía un pipiolo con muchas ganas de pelear. Eran tiempos casi pioneros, subían con las famosas kletas, unas botas de cuero flexibles anteriores a los gatos, con un montón de clavos colgando del arnés y con una novedad revolucionaria: un enorme fisurero de teflón rojo. Dos años después Javo volvió a repetir la vía junto con José Carlos Tamayo y quedó patente el avance de la técnica y de sus habilidades, puesto que, habiendo el mismo número de clavos en un recorrido con tan pocas repeticiones, tiraron de gatos y de muchos fisureros e hicieron el Pilar en cinco horas. De la primera ascensión queda un artículo en la revista *Pyrenaica* y un grato recuerdo.

Javo cumplió con el servicio militar en Madrid, en los convulsos años de la muerte del dictador, allí llegó con la intención de ser un *áristos* de la montaña, de ser uno de los mejores, y para ello tomó el camino más corto, que suponía entrar en contacto con los más activos, con los mejores, con los *áristos* del centro de la Península. Antonio Trabado estaba entre ellos y con él idearía muchos de sus planes más ambiciosos.

Así cayó, por ejemplo, la ascensión invernal a la norte de las Droites, junto con Kike de Pablo, José Carlos Tamayo, Rosa Fernández y A. Trabado, una bella vía a la izquierda del espolón noreste. En esas navidades trabaron también contacto en el refugio La Maison de la Montagne de los Alpes con otro grupo de Madrid, en el que estaban dos personas que influirían enorme-

mente en su destino: Sebastián Álvaro y Manolo Martínez Muñoz, más conocido como Musgaño.

En los primeros años de la década de los ochenta no había tanta gente como hoy en día haciendo alpinismo fuera de España; los pocos que coincidían en un sitio acababan viéndose en otro y las amistades entre montañeros de regiones muy distantes eran más habituales que hoy en día. El *buen rollo* surgiría entre ellos de forma inevitable, por carácter, por edad, por los objetivos compartidos, por el ansia de Musgaño de ser también uno de esos héroes homéricos que afrontan con desparpajo las empresas imposibles y por la presencia de Sebastián Álvaro –después director de *Al filo de lo imposible*–, cuyo empuje a menudo hacía cristalizar los sueños en realidades.

Ninguno sabía entonces que esa amistad emergente les iba a cambiar la vida, ninguno podía tampoco intuir que un enorme serac que colgaba desde hacía años en un corredor próximo al refugio era una espada de Damocles que se derrumbaría sobre algunos de los presentes. Pero eso es, de nuevo, adelantarse al destino, contar el final de la película antes de tiempo y renunciar a seguir perfilando y comprendiendo el carácter de Javo. Las tragedias griegas, al igual que las películas que le gustan a Javo –las de cine clásico– mantienen siempre una tensión, un suspense basado en lo que se intuye por debajo del argumento; el destino de los protagonistas, las complejas relaciones entre ellos, las elipsis y las zonas de ambigüedad, lo que no se dice pero se percibe en el comportamiento de los personajes. Que una enorme masa de hielo de una cornisa se mantenga años suspendida encima de un abismo y se rompa inesperadamente con un estruendo de mil cañonazos sería simplemente el relato de una acción, el plano espectacular de una película comercial, de esas películas que aburren al profesor porque sus personajes parecen espantajos, meros muñecos insertados en una acción que casi nunca se constituye en un carácter.

¿Quién subirá por ese corredor cuando la cornisa se quiebre y miles de toneladas se precipiten por el estrechamiento? ¿Qué vidas transformará o segará sin remedio? ¿A cuál de los comensales que ríen alrededor de una mesa del refugio alpino le tocará el castigo de las *moiras* un tiempo después? ¿A Trabado, a Musgaño, a Javo, a Sebas? ¿Estarían algunos de

ellos sobrepasando algún límite, un límite prohibido como cuando Patroclo se disfrazó con la coraza de Aquiles para luchar contra los troyanos? ¿Verían los dioses con buenos ojos su arrogancia de alpinistas valerosos o los arrojarían al Hades como a Patroclo? No lo sabremos hasta el final y, mientras tanto, seguiremos espionando el carácter de nuestro hombre, esta vez en pleno combate con las montañas de Asia central.

La forma en que recuerda el protagonista sus experiencias en Asia dice mucho de ese carácter persistente y rocoso. El alto nivel de exigencia que se imponía, y que se impone, en la montaña le impide dejar de sentir que fallaron en algo. No llegaron a la cima, es verdad, no llegaron al punto más álgido del Gauri Shankar ni al del Gasherbrum I –también llamado Hidden Peak–, no llegaron, y él lo cuenta con un ligero deje de nostalgia, pero se hace necesario retirarse un poco para tener perspectiva del asunto; en primer lugar afrontaban montañas que, por ejemplo, tan sólo seis años antes había subido Messner sin oxígeno, pero las subían en estilo alpino con muy pocos medios. En España la tradición ochomilista contaba con siete escasos años, cuando el primer intento mundial a un ochomil databa de finales del siglo XIX, pero las expediciones que se habían organizado en España hasta el momento eran aún expediciones clásicas, planeadas con la antigua mentalidad pesada y casi militar, en algún caso con oxígeno incluido. Ellos llegaban con la novísima concepción del estilo alpino a cumbres difíciles y con muy pocos datos, enfrentándose a nuevas aperturas o a vías duras, no a las normales.

El año 1981 iba a ser frenético para Javo, como frenéticos eran los años de la Transición: cada día una noticia impactante en los periódicos, cada jornada algún asunto que conmocionaba al país. Para hacernos una pequeña idea de la velocidad de los acontecimientos en aquellas fechas, señalamos que, a los atentados contra policías, militares y gentes de a pie, que en España eran casi semanales, habría que añadir un golpe de estado, el 23-F, un atentado frustrado contra el Papa en Roma, decibelios de la movida en la corte, huelgas por doquier, jóvenes rebeldes, tensiones políticas... Y Sebastián Álvaro, Musgaño, Trabado y Javo en el Karakórum, atravesados todos por la belleza apabullante de unos paisajes que ni en sus mejores sueños hubiesen

concebido tan grandiosos. No había tiempo ni tan siquiera para sospechar que en el corredor de la Verte, lejos de Asia, en el corazón de Europa, la espada de Damocles seguía pendiendo de un leve hilo al albur de la fatalidad.

Trabado alcanzó el Gasherbrum II y Musgaño y Javo llegaron hasta los 7.100 metros en el Hidden Peak. Sebastián Álvaro considera que no falló nada en esa expedición, incluso cree que de haber alcanzado la cima hubiesen tenido un accidente en la bajada, porque la empresa era desproporcionada para la época, fue un intento de apertura de una vía nueva a un ochomil, cargando con el equipo de filmación, en estilo alpino. Para todos era la primera experiencia en el Himalaya y para tres de ellos –Javo, Sebastián y Musgaño– la primera vez que ascendían por encima de los cuatro mil. Eran muchos boletos para el fracaso, puede que incluso demasiados desafíos a los dioses teniendo en cuenta la tormenta que se anunciaba el día que bajaron *in extremis*. Aun así, Javo insiste en que faltó previsión, un cálculo más racional, no se permite ni un resquicio, tal vez porque vea con desagrado a su alrededor que nuestra sociedad adolece del vicio de transferir la responsabilidad a otros cuando las cosas salen mal y él no se permite ese descanso; no fue la falta de material en una zona muy comprometida, no fue la amenazante tormenta, fue la falta de previsión y de un cálculo más medido, aunque otros juzguen que fuese imposible, desproporcionado.

El Gauri Shankar (Himalaya, 7.145 m) en agosto de 1981, fue también un proyecto ambicioso a una cumbre difícil y técnica, un muro de piedra para ir colgado prácticamente hasta la cima, situada a una altitud superior a los siete mil metros. El Gauri Shankar es una cumbre muy bella, situada entre el Tíbet y el Nepal, cerca de montañas con resonancias especiales para los buscadores de diamantes en bruto –léase montañas inescaladas–, puesto que el propio Gauri, el Ama Dablan y el Machapuchare son cimas que han sido o son sagradas y por lo tanto prohibidas a los hombres. Retos semejantes son los que seguían seduciendo a un pretendiente a *áristos*, retos inciertos que lo hacían fluctuar como a Aquiles entre la vida y la lucha.

Tampoco hicieron cumbre, puede que por falta de dinero y medios, aunque lo que más les condicionó fueron sin duda los problemas políticos de la zona, que les forzaron a trasladar a pie y

sin portadores un campo base a través de un collado para evitar pisar el glaciar chino que les llevaba hasta la base de esa montaña nepalí. Fue una empresa desmedida, que desgastó sus fuerzas, incontables días subiendo y bajando kilos por falta de portadores. Antonio Trabado cogió una amebiasis, Javo otro tanto, y después Juanjo San Sebastián e Iñaki Miró desistirían igualmente. «Ahí fallamos, mejor dicho fallé yo, porque pillé una amebiasis y, en fin, tuve que bajar para abajo. No llegó nadie arriba, íbamos muy pocos y entre las enfermedades y el esfuerzo fuimos abandonando todos. Si hubiésemos ido más...» el interminable lamento de quien se exige hasta el último aliento en la batalla.

Javo estaba lanzado en aquel año; en el Himalaya dos expediciones seguidas, técnicas, difíciles, innovadoras. Multitud de proyectos, entre ellos la cara norte del Nupse. Para hacernos idea del nivel de esta generación, diremos que la primera repetición mundial de la *goulotte* de los estadounidenses, por la vía *Sea-Jackson*, que Javo hizo con José M^a San Cristóbal y José Carlos Tamayo, se debió simplemente a que iban a otro sitio más asequible pero ésta les pareció más expuesta, así que optaron por ese corredor más complicado, inaugurado tan sólo unos días antes por los aperturistas.

Para entrenarse de cara a la norte del Nupse, Javo, Musgaño y Marisa Montes decidieron continuar ascendiendo más corredores en los Alpes. Marisa Montes y Musgaño hacían una pareja excepcional, de esas que merecerán nuestra atención más adelante, apasionados ambos por la montaña hasta límites insospechados.

Además de entrenamiento tenían otra excusa para justificar su presencia en los Alpes: la filmación de unos cuantos planos para completar el documental del Hidden Peak y comenzar otro sobre el corredor norte del Dru, pero la realidad era que, a la más mínima oportunidad, personas como Musgaño, Marisa y Javo no dejaban escapar una escalada así como así. Ninguno de ellos podía sospechar que la espada de Damocles estaba a punto de caer, tampoco Sebas podía sospechar que el próximo nacimiento de su hijo lo libraría de aquel funesto viaje a los Alpes cuando despidió a Musgaño en Carabanchel mientras trabajaba una tarde en casa de sus padres; la filmación del Dru tendría que hacerse sin él o esperar.

Los tres que finalmente acudieron a ese viaje relámpago a los Alpes cambiaron el objetivo inicial del corredor norte del Dru por otra ascensión de entidad. De las demás opciones desecharon el corredor Couturier porque necesitaba hora y media de aproximación, mientras que para el de la Verte había tan sólo media. Al día siguiente querían ir a Chamonix, y su idea era estar para las diez de la mañana en la cumbre y bajar rápidamente; así pues, el corredor de la Verte era una buena opción para estar pronto en el refugio y hacia allí se encaminaron. Habían ascendido unos cuatrocientos metros desde la base, justo antes del estrechamiento del corredor, cuando se rompió el delgado hilo que sujetaba toneladas y toneladas de hielo. La espada de Damocles se vino abajo.

Marisa y Musgaño perecieron en el accidente, dejando en la memoria de sus seres queridos una aureola mítica de seres atribulados, que tan pronto se querían apasionadamente como discutían con denuedo, una pareja unida por una afición demolidora por la escalada. Javo perdió su mano derecha y su cara quedó marcada por el violento choque. Pocos son los alpinistas que han sufrido un accidente de ese tipo y han salido vivos, pero fuera de las marcas externas, de las cicatrices o amputaciones, lo peor estaba dentro; una serie de aplastamientos internos y fallos renales le llevaron durante tres años de hospital en hospital, de Grenoble a Bilbao, de Bilbao a Grenoble. Fue en ese largo periodo de convalecencia donde aplicó de nuevo su perseverancia aún intacta; llegaba el turno de los clásicos.

Sebastián Álvaro, después del impulso inicial de sus primeras películas, puso en marcha un mecanismo imparable llamado *Al filo de lo imposible*. Tamayo, que había sido hasta el momento el que más veces había formado cordada con Javo, comenzó a colaborar con Sebastián en las filmaciones, hasta hoy en día: él tampoco estaba en aquel corredor. Antonio Trabado también continuaría la misma senda de colaboraciones, que abandonaría unos años después; Marisa y Musgaño quedaron congelados en esa fotografía como una pareja de novela gótica y romántica, y Javo... ya sabemos qué ha sido de Javo.

Para concluir el retrato, deberíamos glosar lo crítico que es este profesor con la sociedad que le ha tocado vivir. Deberíamos ver cómo aplica una concepción racionalista heredada de

los griegos a muchos de los problemas que hoy en día se nos plantean. Podríamos extendernos explicando su visión materialista y aristotélica del mundo... podríamos en fin continuar nuestra travesía sin descanso, pero tales reflexiones son ya parte de otro viaje, de otras batallas del entendimiento, que acaso deban contar otros, por ejemplo sus alumnos, los que le llaman Javier o Javi o profe, vaya usted a saber cómo llaman sus alumnos a ese hombre pausado y extrañamente marcado. Nos preguntamos no sólo cómo lo llaman, si Javier o profesor, sino también si les intriga el carácter monolítico de este hombre, si harán conjeturas sobre su pasado lejano, si sabrán por qué su mano parece haber quedado mutilada en alguna legendaria guerra. Podemos recomendarles que exhorten a la musa para que los ilumine: «Háblame, musa, de aquel varón de multiforme ingenio que, después de destruir la sacra ciudad de Troya, anduvo peregrinando larguísimo tiempo, vio las poblaciones y conoció las costumbres de muchos hombres y padeció en su ánimo gran número de trabajos en su navegación por el ponto».